EN BOGOTA HAY UN EDIFICIO QUE TIENE POR TECHO EL CIELO

Visión de los viajeros del siglo XIX sobre la arquitectura de Bogotá

Por Beatríz González

"El inglés escribió: Hay en Bogotá un edificio que tiene por cubierta un verdadero cielo".

"- Sí señor, es un proyecto de palacio consagrado a una de las bellas artes: a la música. Se ha quedado sin techumbre porque se ha tenido en cuenta que un edificio dedicado a la armonía debe ser lo más fácilmente abierto para que el mayor número posible de personas goce de sus encantos. No sucedería esto sí, siguiendo una miserable rutina se le hubiera puesto un techo que por elegante que fuera no llenaría aquel objeto".

Bernardo Torrente
Las viceversas de Bogotá
Museo de Cuadros de Costumbre 1866

El inglés, Mr. Bull, no existía; era una invención del escritor costumbrista; el edificio, en cambio, era real y correspondía a la sede de la Sociedad Filarmónica, iniciada en 1848. El proyecto, de estilo neoclásico, del ingeniero Tomás Reed, se alcanzó a levantar hasta el segundo piso. Poco pudieron lograr los entusiastas miembros de la Sociedad cuando se les agotaron los bien manejados fondos y el gobierno les negó un empréstito de $4.500.oo pesos.

A los escritores costumbristas les gustaba la ironía, se reían de sí mismos, de su propio gusto por relatar minuciosamente los comportamientos de todos los habitantes del país. Participaban del espíritu de los viajeros escribiendo crónicas de viajes pero desconfiaban y alertaban a sus compatriotas sobre el peligro que representaban estos personajes que se desplazaban, libreta en mano, haciendo apuntes e interpretando el país. Creían que muchos "se metían a viajeros" por razones distintas del interés científico; "Todo el mundo sabe "qué" y "cuanto" quiere decir esta palabra en esta nuestra desgraciada América. Un viajero es un caballero de industria de los muchos que hemos visto por acá, que empiezan por hacerse lado con el gobierno y con los que pasan aquí por amigos de las ciencias naturales. Las gangas llueven sobre ellos desde el primer momento... con el gobierno celebran contratos... A veces suele dárselas también uno que otro arañazo al Museo Nacional..." (Felipe Pérez - 1866).

Las crónicas de Pedro María Ibañez indican que, efectivamente, muchos cumplían misiones secretas para sus países y se hacían pasar por botánicos y naturalistas. Tal es el caso de Augusto Plee y de Gaspar Mollien. Este último traía instrucciones de "Ver, Ob-

servar y Penetrar". Aparte de las misiones secretas y de las implicaciones políticas que tiene esta actitud, aparte de los intereses de sus respectivas naciones, el viajero se convirtió en el siglo XIX en una institución, en un puente con la cultura universal. Sus obras conforman una fuente indispensable para la investigación.

El viajero del siglo XIX en América procede de Humboldt; él le dió origen al producir una importante obra científica a partir de su viaje por algunos países de América, Colombia entre ellos. Su necesidad de elaborar una descripción física del mundo que se consolidó en la obra "Cosmos" le dió dirección y sentido a las investigaciones. En este país, Humboldt encontró el terreno preparado por el sabio José Celestino Mutis. Todo viajero sabía que la mejor manera de relacionarse con la sociedad bogotana era hablarle de botánica.

Es casi imposible encontrar un viajero que no tenga nexos con Humboldt o al menos que no lo haya leído. Un caso especial son los artistas que vienen con indicaciones precisas dadas directamente por el sabio alemán para ilustrar sus publicaciones. Llegaron verdaderos científicos, del politécnico de París y de otras escuelas y además artistas académicos. El pasaporte de entrada era la ciencia y esto lo sabían comerciantes, turistas y aventureros.

Análisis estilístico

Las fuentes para la investigación que proporcionan los viajeros pertenecen a dos géneros, las literarias y las visuales. Las literarias están conformadas por los relatos que tienen apariencia científica y comprenden descripciones, datos históricos y geográficos, observaciones zoológicas, geológicas y botánicas y por obras de género epistolar. Las fuentes visuales presentan dibujos, grabados, pinturas, daguerrotipos y fotografías.

Por los azares de la guerra de la independencia, los viajeros no empezaron a manifestarse en el país sino a partir de 1820; los primeros que llegaron eran militares, tal es el caso de Codazzi, Cochrane o Gosselman.

Como género literario o pictórico, si se analiza estilísticamente, la obra de viajero, nace con la ilustración, tiene una formación neoclásica, se afianza con los ideales del romanticismo y da como fruto el realismo; un realismo sui-generis que llega a coincidir con el más auténtico realismo francés. El viajero tiende el puente entre el realismo y el romanticismo, estilos considerados antagónicos. Ser viajero significaba lanzarse en busca de lugares inéditos para tener impresiones de primera mano, "en su contexto geográfico y folklórico" (actitud romántica) y a su vez mirar minuciosamente para poder describir con verdad los resultados de su cercana observación (actitud realista). Las cámaras del daguerrotipo y la fotografía se convirtieron a mediados de siglo en la mano derecha del viajero. El fenómeno de los viajes y sus relatos ha estado presente en la humanidad desde siempre, no obstante denota en el siglo XIX unas características especiales que le dan singularidad: el auge del positivismo y la experiencia directa configura a este viajero, la dirección que toma la investigación científica y sus reflejos sobre la especie humana le dan garantías a sus relatos; unos y otros se cuestionan sus experiencias; el nacimiento de la prensa ilustrada como rama importantísima del comercio le brinda el impulso necesario a su aventura. To-

do confluye en el género de relatos de viajes; las rivalidades de la *Revue de Deux Mondes* con otras publicaciones similares contribuyó de manera notable a la multiplicación del espíritu de la aventura científica que es nombre que debe dársele si se examinan sus más profundas intenciones.

La prensa ilustrada y el intercambio de información

El invento de la litografía, Senefelder (1796), de la xilografía de pie renovada por Bewick (1780), del daguerrotipo (1837) y de los procesos fotográficos (1835 en adelante), hicieron posible que la prensa ilustrada vertiera la experiencia de los viajeros. Estos marchaban con los libros de Humboldt en la mano para confrontar la verdad de sus apreciaciones; el mismo sabio alemán tenía tiempo de leerlos, comentarlos y contradecirlos como es el caso del diario de viaje del capitán Cochrane y sus teorías sobre los mamut en el Chocó. Unos y otros se intercambiaban noticias y chistes, como aquel de que la catedral había sido hecha "toda en Bogotá". Hasta qué punto veían por sus propios ojos o estaban obsesionados con las narraciones de otros? Las descripciones de arquitectura parecen calcadas unas de otras. La ciudad, la plaza, la entrada por San Victorino, eran en realidad las mismas. Buscaban qué es lo icónico en el país, esto es, las maravillas de la naturaleza; en Colombia el salto del Tequendama, la laguna de Guatavita, Monserrate y Guadalupe, el puente de Icononzo en Pandi. Cuáles y cómo son los sistemas de transporte; cómo es la capital y qué es lo pintoresco. Todo esto lo describían o lo dibujaban o retrataban o buscaban en otros libros para copiar las ilustraciones. Tal es el caso de un viajero que copia un grabado de William Blake para ilustrar un libro sobre Colombia.

Las ilustraciones más utilizadas por los viajeros fueron los cuadros de costumbres de Ramón Torres Méndez, impresos a partir de 1849 y difundidos por el sistema de litografía. Parecían realizados con el objetivo concreto de ilustrar libros de viajeros. Holton utiliza más de 10 y Lisboa también pero en menor número. Son equivalentes en Colombia a las láminas de Rugendas en el Brasil.

Torres Méndez se había entusiasmado a su vez con los temas de los viajeros europeos: el carguero, el champán, y en el estilo de las mismas publicaciones. Todos se inspiran unos en otros, es así como el retrato de Cochrane con la ruana y la mula abrazada es repetido cincuenta años después por Charles Saffray.

Los viajeros y la arquitectura de Bogotá

Humboldt en sus narraciones sobre el país se refirió muy pocas veces a la arquitectura. Le interesaba mas cómo construían los nativos una cabaña para pasar la noche durante un viaje; la utilización de recursos vegetales en esta estructura le apasionaron. Al llegar a Bogotá se sintió contento de tener "casa, patio, jardín y cocina" pero no le importó el sistema constructivo, ni la disposición de las partes de la casa. Su pasión por la ciencia del momento, la geología y su obsesión por conocer los tesoros botánicos de José Celestino Mutis le impidieron apreciar la ciudad. No parece haber estado muy feliz en los dos meses que pasó en la capital, a pesar de las atenciones del sabio Mutis. Permaneció entre julio y septiembre de 1801, en lo que él llamó esta "apagada ciudad"; encontró a Quito "más opulenta, también exteriormente que Bogotá". No obstante estos grises co-

mentarios vale la pena insertar aquí su llegada a la Sabana por el valor literario de la narración, a manera de introducción al tema: "Al vencer la última elevación de la montaña, se abarca pronto con la mirada una amplia superficie cuyo límite apenas alcanza la vista. Aunque estaba preparado para esta escena natural no fue poco mi asombro al encontrar a tal altura una meseta parecida al mar. Por cuatro días había estado encerrado en desfiladeros en los cuales casi no hay espacio suficiente para el cuerpo de una mula; mis ojos se habían acostumbrado a la espesura de los bosques, a los abismos y a los riscos y he aquí que de pronto veo campos casi ilimitados en una superficie vacía ante mí. Precisamente aquí; por consiguiente, a la altura de la cumbre de los Pirineos (...), en esta atmósfera de aire enrarecido, establecieron los conquistadores una ciudad! Pese a que los trigales saludan también al europeo amigablemente, este suelo llano de una antigua laguna desecada tiene sin embargo, un carácter monótono, serio y hasta triste, a causa de la absoluta carencia de árboles y de la pureza del aire".

No quedó entonces una reseña de la capital para que los subsiguientes viajeros tuviesen un modelo. Una de las más antiguas narraciones se debe a un anónimo oficial inglés cuya relación de viaje, citada por Pedro María Ibañez se denomina Campaigs and Cruizes en Venezuela and New Granada and The Pacific Ocean, from 1817 to 1830, etc.,". Allí se menciona la arquitectura doméstica de la capital: las casas particulares de Bogotá están generalmente bien construídas; no tienen la mayor parte más que un piso que se alza sobre el patio, en el que hay según la costumbre árabe, fuentes y naranjos..." Se refiere además a los conventos y monasterios que son "numerosos y están ricamente alhajados", a las alquerías de la calle real, muy frecuentadas en la estación lluviosa.

En memorias de Agustín Codazzi de 1819 se menciona a la capital pero el interés que presenta pertenece al género político. Es conveniente sin embargo, anotar que treinta años después Agustín Codazzi realizó el mapa de Bogotá que se insertó más frecuentemente en las relaciones de viaje.

A partir de la década del veinte los relatos de viaje en el país fueron más frecuentes e ilustrados. El capitán Charles Stuart Cochrane de la Marina Real Inglesa y el francés Gaspar Mollien coinciden en la fecha de permanencia, 1823-24, y en las apreciaciones de la capital. Dice Cochrane: "Las casas son bajas, para resistir mejor los sismos, construídas con ladrillos secados al sol, cubiertas con tejas; barnizadas de blanco, ventanas pequeñas con barrotes de hierro, parcialmente protegidas, además unas más grandes con rejas de madera. Tienen muy pocos vidrios en las ventanas y uno que otro cielo-raso". De manera semejante escribe Mollien: "Las construcciones bogotanas difieren de las otras ciudades: se emplean en ellas adobes secados al sol; se cubren con tejas y se enlucen las paredes exteriores. Ventanas muy pequeñas, siempre encerradas con gruesos barrotes de madera, se encuentran al lado de otras muy grandes; raro es que las vigas del techo estén cubiertas por un cielo-raso; la desigualdad en las paredes es enorme; las puertas son indistintamente de todos los tamaños... apenas comienza a introducirse el uso de los vidrios..."

Cochrane saca algunas conclusiones de tipo estilístico; es de los pocos viajeros que no le entusiasma la catedral: "La arquitectura ha hecho algunos progresos pero la pintura y la escultura han avanzado poco. El mejor especímen de lo formal es la catedral, con excepción de la cual, el estilo de la construcción es decididamente morisco en origen y es-

tructura, el cual fue introducido por España... a este tipo de arquitectura que es particularmente adaptada para un país sujeto a sismos, en donde la elegancia debe ser sacrificada a la solidez".

"La catedral, de orden corintio, fue construída en 1814; su diseño fue realizado por un nativo colombiano (parece que había un acuerdo en olvidar a Fray Domingo Buix, por español y darle el mérito al maestro León)... El exterior no es de buen gusto ni está bien mantenida, la fachada ha sido realizada sin simetría o elegancia, pero el interior es bello y de buen gusto, las decoraciones en blanco y dorado con bellas cornisas..."

El capitán inglés describe también las iglesias, los conventos, los hospitales, los monasterios; los cuarteles y las quintas; critica el palacio presidencial por falta de simetría y elogia los tres colegios de Bogotá. Sus observaciones de la ciudad demuestran una sensibilidad especial hacia la arquitectura; seguramente es el mismo sentimiento que demuestra por otros aspectos del país y que el mismo denomina "un romántico interés".

Carl August Gosselman, teniente de la armada sueca, publica su viaje por Colombia en 1830; había permanecido en 1825 y 1826. En sus apreciaciones denota una actitud más crítica en cuanto a las costumbres pero al contrario de Cochrane considera a la catedral de una belleza sobresaliente: "Pocas iglesias católicas pueden comparársele, ya que en su gusto sencillo equilibraba la riqueza pura de su arquitectura y el ornamento interior". Critica la residencia de los presidentes, antiguo palacio de los virreyes que quedaba en la plaza de Bolívar. Así mismo sale mal librada la posada en la cual se hospedó y que quedaba en la misma plaza: "Me hicieron pasar por una angosta y oscura puerta y luego entrar a un patio sucio, en el cual una estrecha escalera me condujo al balcón que rodeaba la casa y que para el caso servía como galería del segundo piso. Allí me fue indicada la habitación, la cual era tan pequeña que después de una cabina de un barco, se me antojaba el más pequeño dormitorio que pudiera existir. No tenía ventanas y su aspecto no era muy superior al de un estante que cubriera las paredes... todo el espacio que pudiera estar sobrando se llenó con mis dos maletas".

Su visión panorámica de la capital es notable: "La ciudad está construída entre la serranía que le cubre las espaldas y la extensa sabana que le demuestra el horizonte; es decir su ubicación recuerda un anfiteatro". Hasta la década del treinta las publicaciones no tienen más de cuatro ilustraciones, generalmente representan al autor y los sistemas de transporte más singulares: el champán y el carguero. El libro de Mollien contiene cuatro ilustraciones, dos de las cuales son de Desiré Roulin, muy conocido por su perfil de Bolívar; éstas presentan cuadros de costumbres; uno de ellos parece sacado de una revista de modas europea.

En 1838 se publicó en Nueva York, una obra curiosamente titulada: Bogotá en 1836-37, cuyo autor, J. Steuart al parecer se limitó a su experiencia en la capital pero da la sensación de que se trata mejor de una guía de la capital para viajeros. Según las noticias era un libro pequeño, bastante conocido en Suramérica. En el mismo año, 1836, la capital aparece reseñada en la obra de Alcide D'Orbigny "Vistas Pintorescas de las dos Américas" con ilustraciones algunas veces coloreadas, en las que se ven la fuente de San Victorino de Fray Domingo Buix y el mercado en la plaza de Bolívar con la arquería al

fondo.

En la década del cincuenta empezaron a salir publicaciones de viajeros por la Nueva Granada profusamente ilustradas y con el propósito deliberado de guiar a otros en su aventura por el país. Si bien las publicaciones no igualaban en finura a los libros de Botánica de siglos anteriores, presentaban un amplio material, estampado con el proceso de xilografía de pie, que comprendía dibujos del autor, daguerrotipos, fotografías y generalmente cuadros de costumbres de Ramón Torres Méndez.

El ejemplo clásico lo constituye la Nueva Granada, Veinte meses en los Andes, de Isaac F. Holton. En el estilo de las narraciones se observa un cambio: se pasa del interés romántico a la picaresca. Se encuentra además un verdadero gusto al unir la narración con la ilustración. En Bogotá el relato de la posada lleva a su lado un plano de la misma. Es notable la descripción de la calle Real basada en el daguerrotipo de Crowther, fotógrafo aficionado, autor del daguerrotipo del Salto del Tequendama que aparece en el mismo libro. La fotografía fue tomada "desde el blacón del consulado americano, que es la casa en la esquina noroeste y cuyo frente da al sur. A una cuadra a la derecha y al frente están la Plaza de Bolívar y la catedral...". Holton aprovecha la oportunidad para criticar el sitio escogido para construír el capitolio "donde ningún arquitecto por genial que sea, podrá construír un edificio que rivalice con la catedral. Hasta ahora las paredes no pasan del primer piso y es de esperar que antes de que coloquen una piedra más prevalezcan mejores consejos y en ese costado construyan almacenes como en el del norte". Al fondo del grabado se ven la cúpula y la torre del convento de San Agustín. Holton se refiere a los balcones, los andenes y las personas que transitan por la calle y que aparecen en el daguerrotipo vertido a xilografía. Esta ilustración representa un documento de validez irrefutable, del centro de la capital en 1852.

Sus anotaciones de arquitectura son curiosas; encuentra que "en el costado occidental de la plaza está el único edificio de aspecto parecido a uno de los Estados Unidos, se llama la Casa de los Portales o la Casa Consistorial...". Comenta que el convento de la Concepción, "ocupa dos manzanas enteras en el corazón de la ciudad. En el plano se ve que el extremo oriental está construído y que la manzana de abajo es un jardín. Es lástima que el gobierno no hubiera confiscado esta magnífica propiedad antes de lograr la separación de la iglesia y el estado..."

Más que comentarios de la arquitectura denota un interés político; sus juicios son propios de un norteamericano en la década del cincuenta.

Miguel María Lisboa, diplomático del Brasil, contemporáneo de Holton tiene un estilo más cuidadoso, característico de su oficio y sus apreciaciones tienen un marcado sabor tradicionalista, que indica su origen.

Las ilustraciones sobre la Nueva Granada, son en gran mayoría tomadas de Torres Méndez. Aparecen sin embargo dos vistas de Bogotá, una tomada de un grabado que ha circulado impreso en Londres y que se ha atribuído a José Manuel Groot y a José María Espinosa indistintamente. Presenta a la capital desde Fontibón. la otra es una vista de la plaza de Bolívar que recuerda la acuarela de José Ignacio Castillo pero sin gente. Pero lo

que representan de curioso estas dos obras son las distorsiones que sufren tanto la arquitectura como las montañas. La cúpula de San Ignacio, modelo de proporción parece como levantada en zancos sobre el techo de San Bartolomé.

La plaza de Bolívar está descrita con mucho detenimiento. Le entusiasma que la catedral tenga las dos torres completas, "cosa rara en América del Sur" - comenta -.

En la segunda mitad del siglo, los viajeros están imbuídos totalmente del espíritu de la Revue de Deux Mondes, famosa desde la década del treinta, la cual se había especializado en relatos de viajes. Las rivalidades entre varias publicaciones de este género hace que se imponga la necesidad de narrar aventuras arriesgadas. Le dan por lo tanto menos prioridad a su paso por la capital. Es mejor contar cómo un águila se lleva entre sus garras a un compañero de viaje, o de qué modo un brujo danza en una maloca. El periodismo ilustrado los remitía casi a las aventuras de viajes imaginarios varios siglos atrás. Los viajeros se desplazaban en las ilustraciones entre precipicios insondables que recuerdan el Doré de la Divina Comedia.

Hacia 1875 se publican en la revista Le Tour le Monde las narraciones de dos viajeros científicos, que a pesar de no denotar su interés por la capital, estaban tan profusamente ilustradas que hasta el presente son utilizadas para casi todas las publicaciones de tipo turístico y documental. Alberto Urdaneta hizo abundante uso de ellas en el Papel Periódico Ilustrado. Se trataba de los doctores Charles Saffray y Eduard André quienes para las publicaciones utilizaron dibujos y fotografías que los hicieron vertir por innumerables grabadores al sistema de xilografía de pie. La visión de Saffray de la capital indica un cierto grado de desprecio y muy poco de la pasión que demuestra en sus aventuras por la selva, cuando compartía su vida con las tribus del Chocó: "Los neogranadinos se muestran orgullosos de su capital, Santa Fé de Bogotá; para los que no han viajado es la primera ciudad del mundo. Desarróllase graciosamente en la falda de los montes Monserrate y Guadalupe, a dos mil seiscientos cuarenta metros sobre el nivel del mar; cuando se ve desde la llanura, con sus torres y sus campanarios, creeríase que es una bonita ciudad europea pero tiene muchas calles angostas de dudosa limpieza. Como cada cual es libre de edificar a su antojo, vense miserables casuchas junto a grandes edificios, de gran fachada y vistosos miradores..". Idéntica visión realista tuvo el diplomático argentino Miguel Cané en 1883.

Las fuentes visuales de la capital que han llegado hasta el presente, diferentes de los grabados que ilustran los libros, esto es, las realizadas por artistas viajeros, son pocas. De los artistas que visitaron el país entre el cuarenta y sesenta, Jean Baptista Louis Gros, Edward Walhouse Mark, León Gautier, Albert Berg, Federich Church, solamente de los dos primeros se encuentran documentos. Habría que añadir únicamente la vista del humilladero del norteamericano A. Gustin.

Es posible que el Barón Gros hubiese pintado una vista de la capital de la misma manera que realizó por esa época varias de Caracas; sin embargo, solamente se conoce su daguerrotipo de la calle del observatorio, uno de los más notables documentos visuales de la capital. Su valor testimonial sólo es comparable al daguerrotipo de Crowther, anterior-

mente citado. De esta misma época son las acuarelas de Mark, dos muy bellas de la Plaza de Bolívar, una grande y otra pequeña, en las que aparece la plaza mirada desde la acera occidental, con un barrido de 180 grados. En la grande denota mas interés documental que pictórico. En cambio es muy conmovedor el aspecto que presenta la esplanada de San Diego, en una acuarela casi blanca que parece mas que la sabana, un desierto. Menos importante es el patio del convento de San Francisco, presentado sin entusiasmo por parte del dibujante inglés.

La visión del viajero, la adoptaron algunos artistas de la capital. A falta de academia se refugiaron en estas fuentes, a través de ellas encontraron una manera de mirarse y de mirar su país.

La visión del viajero con su dirección especial hacia lo inédito, encontró en la capital un sitio de posada, en el que estaban rodeados de gente curiosa, culta y amable pero que en contraposición con la aventura que representaba el resto del país, solamente fue un sitio de paso para informarse de la última revuelta política.

* * *